

De la revolución a la democracia. Algunas reflexiones sobre las ciencias sociales y el cambio cultural en la Argentina

From revolution to democracy. Some reflections on the social sciences and cultural change in Argentina

Da revolução à democracia. Algumas reflexões sobre as ciências sociais e a mudança cultural na Argentina

José M. Casco*

RESUMEN

El artículo se concentra en el proceso que hace posible el pasaje de la revolución a la democracia como tema central del campo cultural y las ciencias sociales en la Argentina. Para ello, se pone el foco en una perspectiva tributaria de la historia intelectual y la sociología de los intelectuales en tres aspectos: las condiciones del escenario intelectual latinoamericano de los años 70; el debate de ideas que hizo propicio ese escenario; y por último, el resultado de ese proceso de discusión en la democracia recuperada de la Argentina de 1983 para las ciencias sociales y el campo intelectual, refiriéndose fundamentalmente a algunas figuras del campo intelectual de la Universidad de Buenos Aires.

Palabras clave:
ciencias sociales,
sociología, campo
intelectual,
democracia.

ABSTRACT

The article concentrates on the process that makes the passage from revolution to democracy a central theme of Argentina's cultural and social science field. We analyze from a tax perspective of intellectual history and sociology of intellectuals, on Latin American intellectual scenario of the 1970s and the debate of ideas that made that scenario possible. Finally, the result of

Keywords:
social sciences,
sociology,
intellectual field,
democracy.

* Doctor en Sociología por la Universidad Nacional de San Martín y Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Investigador y docente del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de San Martín, San Martín, Argentina. E-mail: casco.josemaria@yahoo.com.ar

that discussion process in Argentina's recovered democracy of 1983 for the social sciences and the academic field—referring fundamentally to some figures in the University of Buenos Aires' intellectual field.

RESUMO

O artigo se concentra no processo que torna possível a passagem da revolução para a democracia como tema central do campo cultural e das ciências sociais na Argentina. Com esse objetivo, a partir de uma perspectiva tributária da história intelectual e da sociologia dos intelectuais, coloca-se o foco: nas condições do cenário intelectual latino-americano dos anos 70, no debate de ideias que tornaram esse cenário possível e, finalmente, no resultado desse processo de discussão na democracia recuperada da Argentina de 1983 para as ciências sociais e o campo intelectual. Referindo-se fundamentalmente a algumas figuras do campo intelectual da Universidade de Buenos Aires.

Palavras-chave:
Ciências sociais,
sociologia, campo
intelectual,
democracia.

Introducción

A propósito de una encuesta que realizara la revista cultural *Panorama* en 1971 sobre las posibilidades que ofrecía la sociología a sus estudiantes y practicantes, Juan Carlos Portantiero contestaba “frente al problema general de la sociología, quisiera decir que en primer lugar yo no me defino como sociólogo, sino como socialista revolucionario (...) La respuesta es simple y lógica: o la sociología sirve como instrumento capaz de apoyar cambios de tipo político, o no me interesa como profesión.” (Rubinich, 1999, p. 31).

El mismo Portantiero pero en 1986 señalaba “La democracia en la Argentina es mucho más una cuestión de creación —casi diría de invención— que de reinstalación. Forzosamente se plantea entonces el tema de la construcción de bases para un nuevo orden político.” (Portantiero, 1986, p. 17).

Qué procesos, qué motivaciones y cuáles circunstancias hicieron que Portantiero —y junto con él gran parte de toda una generación—, pudiera cambiar de ideas? Para poder responder a estas interrogantes, en lo que sigue nos concentraremos en el proceso que hace posible el pasaje de la revolución a la democracia, poniendo el foco en una perspectiva tributaria de la historia intelectual y la sociología de los intelectuales, en las condiciones del escenario intelectual latinoamericano, en el debate de ideas que hizo propicio ese escenario y, por último, en el panorama que apareció como resultado de ese proceso, en la democracia recuperada de la Argentina de 1983, para las ciencias sociales y el campo intelectual.

La primera nota del epígrafe sintetiza como ninguna otra el clima de época de los largos años 60 argentinos. En efecto, las ciencias sociales en general y la sociología en particular, formaron parte de un clima político donde las clases medias sobre todo las universitarias subsumieron sus lógicas de funcionamiento a la lógica de la política (Dip, 2017; Rubinich, 1999) Así, el sueño de Germani —fundador de la carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires, UBA en 1957—, de crear una disciplina que estuviera a la altura de los debates que se daban en otras partes del mundo con su organización racional y científica, pronto iba a sucumbir a manos de un recambio generacional que ahogó su proyecto académico, cuando la lógica de la política invadió todos los espacios sociales.

Dicho ciclo de creación de la carrera y radicalización política con sus marchas y contramarchas —con el peronismo seduciendo poco a poco a las nuevas generaciones primero y volviendo al poder después, al consolidar su convocatoria en el escenario nacional—, se cerró en 1974 cuando se clausuraron todos los espacios donde ese mundo politizado había adquirido sus sentidos. La intervención de todas las instituciones universitarias por parte del ministro de Educación Ottalagano dio comienzo a un ciclo que podríamos llamar de dispersión y desconcierto, que tardará unos años en acomodar las cosas. A partir de allí comienza un proceso que terminará cuando se produzca el regreso de la democracia en 1983, pero que en sus primeros momentos producto de la represión sumirá a la comunidad universitaria en la perplejidad y que, al mismo tiempo, los expulsará de los espacios habituales de trabajo y trastocará su vida cotidiana.

En ese escenario muchos sociólogos comenzaron su éxodo y se refugiaron en los centros privados de investigación. Así, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, en su sede de Santiago de Chile, albergó por poco tiempo a dos actores de relevancia para nuestra historia, Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero, dos jóvenes investigadores que habían protagonizado la universidad politizada de los años 60. Pero además, esa sede fue el germen de lo que luego en el exilio se desplegaría en forma de trabajos y reflexiones que marcarían el pensamiento sociológico de fines de los años 70 y primeros de 1980, teniendo a Portantiero, De Ipola, y Norbert Lechner como importantes animadores. Nos ocuparemos de ello más adelante.

La dictadura de los años 70. Una oscura y larga noche

La universidad en Argentina sufrió un proceso de desmantelamiento de sus actividades académicas durante la dictadura. Muchos centros de investigación fueron cerrados, se llevaron a cabo políticas tendientes a la reducción de la matrícula junto con la reducción del plantel docente y se instauró un sistema de aranceles y cupos mediante exámenes de ingreso. Así, Sociología suspendió el ingreso a la carrera y se la separó de la Facultad de Filosofía y Letras en la UBA, donde había estado emplazada y después de muchas idas y vueltas producto de un debate que involucró entre otras cosas, la posibili-

dad de su cierre definitivo, se la reubico en la Facultad de Derecho. Durante el periodo en que duró el debate se la mantuvo “activa” mediante la posibilidad de que los estudiantes pudieran rendir las materias en condición de alumnos libres. Cuando a fines de 1975 su traslado a Derecho cerró ese debate, la dirección de la carrera quedó en manos de Rodolfo Tecera Del Franco, antiguo director del Instituto de Sociología en los primeros años de 1950. Hombre con una clara orientación conservadora y católica integrista, en los años previos a su asunción había denunciado la penetración marxista en la universidad. Tecera participó en la comisión asesora que diseñó el nuevo plan de estudios que estuvo listo para comienzos de 1976. Así, desembarcaron en la carrera profesores que eran viejos peronistas de la primera hora, inclinados hacia el ala derecha, sobre todo católicos conservadores e integristas, dándole a la disciplina una orientación que estaba apoyada en hipótesis organicistas donde el tratamiento de las conductas desviadas era un tema central.

A partir de lo anterior, hacia 1976 todos quienes cursaban la carrera estaban obligados a hacerlo bajo la tutela de quienes le asignaban las materias que se podían cursar. De acuerdo con algunos estudios (Perel, Raíces y Perel, 2006) las tesis presentadas para obtener el título en este periodo marcaron en buena medida las orientaciones impartidas en la carrera, de modo que un 40% de las mismas se refieren a temas como “la conducta desviada” (alcoholismo, drogadicción, delitos), mientras el 60% restante se dividía entre temas regionales de salud y de sociología de la cultura. Respecto de los planes que la dictadura tenía para la carrera el responsable académico Carlos Weiss declaraba

soy optimista. Creo que no puede dudarse, la sociología es una ciencia con su propio campo específico. Mucho menos cuando el propio gobierno aparece interesado en gestar un ministerio de planeamiento en el que, sin duda, habrán de requerirse sociólogos de nivel académico (óptimo) (Perel et al., 2006, p. 136).

Como en sus comienzos en el viejo mundo, la sociología ahora era requerida desde el Estado para ponerla al servicio de la planificación social. Una dirección que Karl Mannheim en los años 30 se había encargado de desarrollar y que Gino Germani y Figueroa Roman habían seguido en Argentina, aunque con un signo diferente del que aquí se proyectaba.

La aspiración de utilizar la sociología como un insumo para las políticas públicas cobró forma con la creación de un Ministerio de Planeamiento en 1977, desde el que se llevaron a cabo trabajos que incluían la recolección de datos elaborados por profesores y alumnos de la carrera. Ese trabajo involucró también la confección de documentos acerca de proyectos de planeamiento para desarrollar en el país con una óptica occidental y cristiana. Sin embargo, el trabajo y el proyecto de planificación quedó inconcluso debido a las internas de la junta militar (Canelo, 2008), aunque lo que aquí reseñamos basta para dar una idea acerca de los planes y las orientaciones de la carrera bajo la dictadura.

Asimismo, la dictadura decretó el cierre de las instituciones estatales que llevaban adelante tareas de investigación, siguiendo las declaraciones del ministro Ottalagano, quien apenas asumió como interventor, indicó que estas tareas debían quedar en manos de empresas privadas. Así, el Consejo Nacional Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) creó un área de ciencias sociales funcional a los proyectos del régimen, la que se sumió en el oscurantismo científico y se aisló de todo sistema que no fuera compatible con los planes de la dictadura (Sábato, 1996). En el caso de los sociólogos, estos desempeñaron tareas en el Instituto de Ciencias Sociales, ICIS. Creado en agosto de 1980, este organismo funcionó gracias a la canalización de fondos desde el Conicet; contaba con su propia publicación sociológica que dirigía Roberto Brie —filósofo de la UBA que desde 1966 era investigador del Conicet— y estaba a cargo de los planes de investigación del instituto y, al mismo tiempo, era asesor de la junta militar en materia de financiación en el área de ciencias sociales.

Las disidencias de la larga y oscura noche. El exilio interno

Por su parte, la disidencia del régimen entre los que ya estaban establecidos en la disciplina, se dividió en un exilio interno y otro externo. En el primer caso se consolidó lo que se dio en llamar “la universidad de las catacumbas”, una experiencia que se había desarrollado bajo la dictadura de Onganía (1966-1969) donde los grupos de estudio, talleres de lectura y centros de investigación privados sirvieron de refugio de la censura y la persecución.

Para el periodo que nos ocupa, en el marco de una represión de alta intensidad, estas actividades se siguieron desarrollando, pero tuvieron que ser practicadas con mayor grado de cautela y privacidad. Según Vessuri (1992), “los centros sirvieron como plataforma institucional, lugar de trabajo y punto nodal en una red de contactos académicos locales e internacionales para la supervivencia de las ciencias sociales argentinas” (p. 356). De estos centros deben destacarse por lo menos dos: el Instituto de Desarrollo Económico y Social, IDES y su revista y el Centro de Estudios de Estado y Sociedad, CEDES.

En primer término, tanto el IDES como la revista habían sido creados a principios de la década del 60, en el marco de las llamadas ideas desarrollistas siendo impulsados por economistas y sociólogos que adherían a las ideas que promulgaba la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Durante la dictadura las dos instancias llevaron adelante de manera sigilosa investigaciones en número reducido donde los trabajos empíricos y de gran abstracción hicieron que pudiera sortear la censura y que el enfoque cuadrara dentro de problemas “técnicos” de la estructura social. Se trató del refugio de muchos economistas que tuvieron destacada actuación en la etapa siguiente, cuando sobrevino la recuperación democrática. La revista canalizó esa información y fue uno de los vehículos privilegiados de acceso a las novedades para todos los académicos que marcharon al exilio, o bien, tuvieron que soportar la censura interna.

En cuanto al CEDES, este realizó tareas de investigación y también de consultoría. Por allí pasaron investigadores de la talla de Oscar Ozlak y Guillermo O'Donnell en los primeros años de la dictadura, hacia fines de los 70 y principios de los 80; allí hicieron también sus primeras armas como investigadores María Matilde Ollier, Lucas Rubinich y Andrés Fontana, quienes integraron equipos de investigación con trabajos que versaban acerca de los sectores populares y aspectos referidos a las políticas públicas, de carácter interdisciplinario. Así, el CEDES contribuyó a mantener viva la llama de la investigación y desarrollo la carrera de varios investigadores jóvenes hasta la vuelta de la democracia.

Otro espacio que debe ser destacado es el de las revistas culturales, ya que estas fueron vehículo de muchos temas académicos desde la década del 20 y se nutrieron de los aportes de muchos intelectuales

que canalizaron problemáticas que ocuparon a las distintas disciplinas, al tiempo que otras podían ser la expresión de las ideas políticas de diversos grupos. En los años 60 un sinnúmero de revistas culturales fueron las protagonistas de los combates que las diferentes fracciones de la llamada “nueva izquierda” promovieron, buscando colocar expresiones teóricas y políticas —en oposición a las ideas de generaciones anteriores y a las ideas establecidas—; en el ala izquierda del campo cultural esa disputa se libró sobre todo alrededor de los partidos socialista y comunista a propósito de la cuestión peronista (Altamirano, 2011).

En el periodo que estamos reseñando, por su trascendencia cultural y su aporte al desarrollo de la sociología de la cultura y las humanidades, la revista *Punto de Vista* constituye la más importante de esas empresas culturales. Fundada en 1978, la iniciativa estuvo a cargo de Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo y Ricardo Piglia. Los dos primeros habían animado en los 70 la revista *Los Libros*, que fuera también una expresión de ese movimiento juvenil que señalamos. Por las condiciones impuestas por la dictadura, los primeros años de *Punto de Vista* estuvieron dedicados íntegramente a la crítica literaria, pero cuando en 1981 las condiciones de la censura y la represión se aflojaron, la publicación poco a poco comenzó a otorgarle un papel relevante a la discusión de otros temas cercanos a la política. Luego de 1982, tras el desenlace de la guerra de Malvinas, que precipitó la salida de las juntas militares, las editoriales de la publicación reflejaron el clima de la época, colocando posiciones políticas explícitas y, al mismo tiempo, comenzó a introducir textos académicos que fueron la puerta de entrada de muchos autores inéditos para la Argentina y que, en muchos casos, remitía al debate que la izquierda cultural llevó adelante respecto de la “crisis del marxismo”. Así, autores como Pierre Bourdieu, Raymond Williams y Alan Touraine, por nombrar solo algunos, fueron parte de una lista que buscaba renovar las perspectivas con las que se interpretaba el mundo social y político, que funcionaban más como una caja de herramientas para la investigación, que una posición tomada desde una perspectiva político cultural. De Alan Touraine su texto *El regreso del actor* se colocaba como una disputa que el grupo editor llevaba adelante con el marxismo de cuño estructuralista, buscando introducir otra forma del análisis social que sorteara el reduccionismo

del que se acusaba a buena parte del canon marxista. Este grupo, además, fue parte de una red de intelectuales que tendría un papel central en la academia argentina en la recuperación democrática. En efecto, sus estrechos lazos con los llamados gramscianos argentinos (Burgos, 2004), quienes en 1975 habían partido al exilio, los encontraría en los primeros años de la década del 80 en varias empresas culturales de envergadura.

Las disidencias de la larga y oscura noche. El exilio externo

A mediados de los años 70, en el contexto de una escalada represiva que se ciñó sobre el continente, un gran contingente de políticos e intelectuales vinculados con el amplio abanico de la izquierda latinoamericana marcharon al exilio. México, uno de los centros neurálgicos de ese proceso, albergó a exilados proveniente no solo de Argentina, sino también de Chile, Uruguay, Colombia y Brasil, al tiempo que se convirtió en un importante centro de operaciones de la resistencia a las dictaduras. En efecto, un extenso espectro de militantes de diversas extracciones durante aquellos años convirtió al exilio en un centro de agitación en contra de los regímenes militares, a través de una amplia difusión de las operaciones terroristas de las dictaduras de la región.

Dicha experiencia del exilio estaba caracterizada por una creciente sensación de derrota para amplios sectores de esos emigrados, ante el brutal retroceso sufrido por los proyectos políticos contestatarios. El sociólogo peruano Aníbal Quijano, algunos años después, en una mirada retrospectiva acerca de aquel periodo, resumía de manera contundente el sentimiento de fracaso atribuido a los sucesos que derivaron en el exilio intelectual:

Con la última derrota no solamente fueron derrotados los regímenes políticos, movimientos, organizaciones, discursos, por primera vez, todo ese horizonte naufragó ... fue un período de aislamiento terrible. Casi súbitamente, lo que las personas esperaban y lo que consideraban posible, quedó como un discurso del pasado, y de un pasado remoto. (Soares Arrosa, 2003, p. 260).

Esta sensación que muy bien resume Quijano —pero que es al mismo tiempo una expresión colectiva—, colocó la reflexión de los inte-

lectuales exiliados en una estructura donde la perplejidad y el desconcierto marcaron en muchos casos el tono de las intervenciones de la época. En consonancia con esa estructura la sensación de culpa cobró fuerza entre muchos de esos protagonistas y condujo a un examen autocrítico de las posiciones —tanto teóricas como políticas— asumidas durante los años 60, cuestionando severamente los enfoques que habían tomado forma alrededor del espectro organizado bajo la llamada nueva izquierda. De allí tomó cuerpo de manera progresiva la idea de una salida democrática como única solución frente a las dictaduras militares. Alrededor de la idea de democracia, que se convirtió dado su carácter polisémico en una voz que luego serviría para todo tipo de combates, se introdujeron nociones caras al liberalismo como la defensa del derecho a la vida, el derecho a la libertad de expresión y de organización política, todos tópicos que resaltaban la defensa del individuo frente a las atrocidades cometidas por los terrorismos de Estado. Esas ideas cobraron forma de programa y se articularon como nudos centrales para pensar la salida a una futura recomposición política, ocupando el centro de los debates, tanto en el campo político como intelectual.

Este desplazamiento abrió, asimismo, el camino a la incorporación de nuevas configuraciones teóricas que buscaban construir senderos para un régimen democrático futuro en momentos cuando se creaban las bases de un nuevo escenario intelectual. Norbert Lechner, emigrado chileno radicado en México y actor sobresaliente del proceso que describimos, ha descrito los factores centrales que se pusieron en juego en ese escenario. Uno de ellos lo constituye el modo en que la alteración violenta de la vida cotidiana sufrida bajo los regímenes represivos fomentó una apreciación diferente de los procesos democráticos formales (Lechner, 1986). Allí se aloja la recepción de las ideas liberales que hemos reseñado, recuperando ahora un lugar central para vastos sectores de la izquierda intelectual. En segundo lugar, Lechner destaca un proceso de circulación internacional de los intelectuales, favorecido por la importancia que adquirió el trabajo en centros privados de investigación, como el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO, sin dudas el más importante de todos, debido a que promovió junto con otras instituciones regionales la realización de una multiplicidad de seminarios, encuentros de discusión y grupos de tra-

bajo que, desde finales de los años 70, tuvieron a la problemática de la democracia como eje articulador de las reuniones de académicos e intelectuales.

Organizado sobre la base de comisiones y grupos de trabajo (que luego se estructuraron en programas coordinados desde la Secretaría Ejecutiva), CLACSO dio impulso a actividades de reflexión colectiva y de debate acerca de las sociedades de la región y sus principales problemas, a través de procedimientos formales e informales que tenían la particularidad de llevarse adelante de manera descentralizada (Montaña, 2013).

Un tercer factor de relevancia que se relaciona con lo anterior, también señalado por Lechner (1986), es la “creciente profesionalización académica de los intelectuales” (pp. 33-34) como consecuencia en gran medida de esa incorporación de muchos de ellos a instituciones privadas. Esto no hizo otra cosa que acentuar los procesos de especialización y formalización del trabajo académico, propiciando una creciente autonomía del campo académico y de sus intelectuales respecto del mundo político, reconfigurando sus papeles sociales por el de, en muchos casos, académicos de tiempo completo. Por otro lado, esta profesionalización —sumada a la derrota de los proyectos políticos de la izquierda— funcionaron como una toma de distancia de las reflexiones estrictamente políticas que llevaban adelante muchas organizaciones partidarias, y posibilitó un diálogo más estrecho con el mundo cultural central en un intercambio que dio a lugar a lo que Lechner (1986) llamó una internacional de intelectuales.

A lo anterior debemos sumar un cuarto factor, complementario de los anteriores consistente en un proceso de apertura intelectual, expresado en el hecho de que la revisión de los supuestos teóricos en los que se basaba la identidad de izquierda, a partir del abandono de la fe revolucionaria, supuso una confrontación y diálogo con corrientes y autores antes desestimados. Contribuyó a ello que México se constituyera para dicha época en una puerta de entrada a un mercado de libros, revistas, artículos científicos y seminarios internacionales de gran amplitud, producto de un auge de su mundo cultural, lo que favoreció el intercambio con zonas del mundo intelectual central y el contacto con nuevas problemáticas.

La recepción de la obra de Max Weber, para nombrar solo un caso, debe ser entendida en dicho contexto. En efecto, como producto de la llamada crisis del marxismo, el encuentro de los intelectuales de izquierda con el pensador alemán se coronó en 1980, cuando la editorial Folios —bajo el cuidado de José Aricó—, editó en dos volúmenes una selección de sus *Escritos Políticos*, poniendo a disposición del público de habla hispana un material hasta entonces inédito. En la presentación a esos volúmenes Aricó (1980), además de dar cuenta de las dificultades y los alcances limitados que presentaba esa edición debido a que no se había hecho hasta el momento un trabajo crítico de su obra, resaltaba que confiaba en que la edición pudiera cubrir una ausencia que se sentía fuertemente en el medio intelectual de habla hispana de “un pensamiento de sorprendente actualidad para la interpretación de la crisis de las sociedades modernas” (p. 12). Dos años más tarde, en esa misma dirección Juan Carlos Portantiero publicó una reseña de los esos dos volúmenes en la revista *Desarrollo Económico*. Allí, el sociólogo argentino comentaba que se asistía a un revival del pensador alemán en el debate sociológico europeo y que el hecho se justificaba debido a la

percepción, a menudo patética, de que existen preguntas sobre el mundo contemporáneo que ni Marx ni los marxismos pueden responder. Otra omnipotencia teórica se ha desmoronado (¿qué quiere decir hoy ser marxista?) y, en los espacios abiertos sobre esa caída, obras monumentales como las de Weber adquieren, inevitablemente, el carácter de un estímulo irremplazable. (Portantiero, 1982, p. 432).

Con estas polémicas afirmaciones, el sociólogo argentino colocaba a la obra de Weber como una fuente para la construcción de una nueva perspectiva. Asumiendo así el diagnóstico de los intelectuales europeos que decretaban la crisis del marxismo a causa de que sostenían que en sus teorías era notoria la ausencia de una reflexión acerca de la política y el Estado. Por otro lado, Portantiero afirmaba haber encontrado en Weber algunas claves para una reconsideración de la historia argentina y latinoamericana. En este sentido, valoraba especialmente su aporte a una teoría del Estado, nacida de una “reflexión sobre esa revolución desde arriba (la construcción de la nación alemana)” que habría de “contribuir a alejarlo de concepciones teóricas calificadas

como socio céntricas —marxismo, liberalismo— y, de alguna manera, a invertir ese esquema, pero no para fundar una metafísica del Estado, sino una sociología de este” (Portantiero, 1982, pp. 433-434). Esta sociología del Estado, que para el sociólogo argentino suturaba su ausencia en la teoría marxista, se constituía en una herramienta indispensable para el análisis histórico y sociológico: “En este plano es donde el pensamiento weberiano se torna más sugerente para enfocar los procesos de construcción de la sociedad civil y el Estado en América Latina, genéricamente caracterizables por la ‘producción’ de la primera por el segundo, en el cuadro de un tipo de desarrollo capitalista no solo ‘tardío’ sino también ‘dependiente’ ” (Portantiero, 1982, pp. 22). Así se produce un proceso de reconversión, que coloca temas nuevos, desplaza otros y abre nuevas vías de recepción para la construcción de perspectivas teóricas y políticas.

Debemos señalar igualmente que el exilio también sumió a muchos intelectuales en la necesidad de reflexionar acerca de los desafíos que los proyectos políticos de los autoritarismos habían impuesto a sus países desde mediados de los años setenta. En efecto, los programas económicos de las dictaduras significaban un fuerte proceso de reconversión económica y social (donde el caso emblemático es el de Chile que, comandado por el general Pinochet, fue considerado como el primer experimento neoliberal en la región) que obligaba a tener en cuenta las nuevas condiciones que iba adquiriendo la región y a concentrar la atención en pensar proyectos alternativos a las teorías neoconservadoras y a la concepción democrática de los teóricos de la derecha que habilitaban esas dictaduras. Todo en un contexto de crisis no solo de los proyectos revolucionarios, sino también de las versiones nacionales del Estado de Bienestar (los llamados *Estados sociales*) que se habían desarrollado en la región. En efecto, para muchos intelectuales no solo se habían acabado los sueños revolucionarios, sino también una etapa del desarrollo latinoamericano había quedado de lado.

En ese marco de profundas de transformaciones para el desarrollo de las actividades del campo intelectual, otro elemento que iba a mostrarse de gran significación para el desarrollo futuro asomaba del otro lado del atlántico.

La crisis del marxismo y las transformaciones académicas e intelectuales latinoamericanas

Esa autocrítica de buena parte de los intelectuales exiliados, así como la búsqueda de una salida a la encerrona que suponía la dictadura, encontró un clima de ideas en proceso de cambio en el campo político e intelectual de la izquierda de los países latinos de Europa (Francia, Italia y España), que tuvo como eje central la revisión del desempeño de las experiencias históricas del socialismo y de la teoría marxista que le daba sustento. En efecto, en un movimiento de largo alcance, que cristaliza con fuerza a mediados de los años 70, amplias franjas de intelectuales emprendieron la tarea de examinar el cuerpo teórico del marxismo, desde el propio Marx, pasando por Engels, Lenin y todos los autores enrolados en la tradición de la II y III Internacional. La experiencia del estalinismo y las marcas que dejó en la memoria de la izquierda primero, los sucesivos informes Jruschov de 1956 y luego la Revolución cultural China, que ponían de manifiesto la represión de los regímenes comunistas, coronaron un proceso de crítica que se venía sosteniendo hasta ese momento de un modo velado o, cuanto menos, ambiguo.

El examen de estos autores tuvo como objetivo principal confrontar, a la luz del desarrollo histórico, el canon del marxismo de manera de poder encontrar los argumentos que hicieran posible una salida para pensar la política en el marco de un programa de relanzamiento de la izquierda en los años 70 al centro de la escena política europea. En términos generales, ese reconocimiento arrojó como resultado que en ese vasto corpus no había elementos de una teoría consistente de la política y del Estado, sino que por el contrario, el análisis del modo de producción capitalista era el objeto central de la indagación, agotándose allí los temas nodales del marxismo.

Por su parte, cuando ese análisis se abocó a la obra de Marx, fue Norberto Bobbio quien desató una polémica con otros intelectuales al expresar, de modo contundente, la ausencia de una teoría de la política en ese cuerpo teórico. Respecto de Lenin, erigido en el exponente central del socialismo desde los primeros años del siglo XX, el resultado no fue mejor. No se encontraba en su obra una indagación fructífera en cuanto a las funciones y el desempeño del Estado capitalista. Esta interpretación se reforzaba por el hecho de que lo que se había proyecta-

do —en las pocas referencias que se encontraban en los autores clásicos— como un Estado de transición hacia el socialismo, a principios de los 70, lejos de extinguirse, se había erigido en un gigante burocrático con gran presencia en la sociedad, tanto en las sociedades capitalistas como las socialistas. Así, buena parte de la tradición socialista de los países latinos que había tenido enorme gravitación en el diálogo con buena parte del socialismo argentino y latinoamericano, revisaba ella también su relación con la democracia.

En este sentido, debe destacarse que en noviembre de 1977, en Venecia, a propósito de una reunión llevada a cabo por diferentes intelectuales de la izquierda continental, Louis Althusser sostuvo que no hay en Marx una teoría del Estado. Tiempo después los italianos nucleados alrededor de la revista *Il Manifesto*, le propusieron al filósofo francés un intercambio más profundo sobre el tema. Un año después, ese diálogo cristalizó en el volumen *Discutir el Estado*, posiciones frente a una tesis de Louis Althusser, que recogía el amplio debate suscitado entre el francés y los intelectuales italianos. Allí se puntualizaban algunas críticas a las posiciones de Althusser, pero en términos generales todos los participantes del debate asentían a su tesis central, construyendo así un núcleo de renovación socialista.

A partir de este trabajo de revisión teórica, que fue apoyado por varias fundaciones, entre las que se destacaron Basso Issoco y Enaudi. Intelectuales de la talla de Cristine Buci Glucksmann, Giacomo Marra-mao, Gianfranco Poggi y Lucio Coletti, junto con el mencionado Bobbio, entre otros, comenzaron a sostener que eran otras las referencias teóricas, y no el marxismo, las que podrían alumbrar la reflexión que acompañara una ofensiva política para relanzar a la izquierda al centro de la escena política europea. Se organizaba así una izquierda intelectual que pregonaba una tercera vía, asumiendo una salida democrática y parlamentaria como estrategia política, y que se expresaba en el eurocomunismo como forma política.

Un aspecto significativo de esta reformulación teórica para pensar la política fue la importancia que cobró la obra de Max Weber, hecho que hizo posible el redescubrimiento de su obra política. En efecto, fue Gianfranco Poggi, quien en dos obras *Encuentro con Max Weber* (1979) y *El desarrollo del Estado moderno* (1983), resumió de un modo sistemático ese diálogo entre el socialismo europeo y el pensador alemán.

En la segunda de estas obras mencionadas, Poggi (1979) afirmaba que la tendencia de muchos marxistas de considerar “las estructuras políticas solo desde el punto de vista de la ‘crítica de la economía política’ tuvo algunas desafortunadas consecuencias pragmáticas para los movimientos políticos que recurren a Marx como su principal inspiración” (p. 14)

De la revolución a la democracia, en el campo intelectual argentino y latinoamericano

Cuando a mediados de 1979 un grupo de exiliados argentinos de extracción socialista y peronista fundan en México la revista *Controversia. Para el análisis de la realidad argentina*, la problemática de la crisis del marxismo que colonizaba el debate europeo se coloca en un lugar central en dicha publicación. En efecto, en su primer número, con una presentación a cargo de José Aricó en la que, además de introducir el tema, ajustaba cuentas con el socialismo revolucionario, se incluye un artículo de los españoles Paramio y Reverte: *La crisis del marxismo. Razones para una contraofensiva*. Allí los autores prescribían la necesidad de un abandono definitivo, tanto de la estrategia revolucionaria como de la adhesión al bloque soviético, con argumentos similares a los que sostenían los italianos que animaron el debate más arriba señalado. Al mismo tiempo, sostenían que la crisis por la que atravesaba el socialismo no alcanzaba a su ala reformista y hacían explícito su apoyo a una salida parlamentaria como estrategia para volver a ocupar el centro de la escena política por parte de la izquierda. Ese primer impulso al debate europeo de la izquierda, desde su primer número, mostraba la colocación política del contingente argentino que animaba la revista.

En esa misma dirección, en el número 7 de la publicación, Juan Carlos Portantiero (1980) presentaba una entrevista realizada a Christine Buci-Glucksmann, enfatizando la importancia de conversar con esta militante comunista que se había enrolado en el eurocomunismo en los años 70 “a fin de tratar de extraer, para un discurso latinoamericano aún en construcción, elementos de la rica experiencia contemporánea europea” (p. 76). Allí la entrevistada definía al eurocomunismo en términos políticos

como el rechazo a aspectos del modelo soviético y como el punto de convergencia entre algunos partidos que intentan desarrollar

una vía democrática y plural hacia el socialismo, en el cuadro de un estado parlamentario transformado, con frentes democráticos amplios y con un proyecto de democracia económica desarrollada (Portantiero, 1980, p. 78).

En términos ideológicos o teóricos —sostenía— que el eurocomunismo representaba la puesta en crisis del “marxismo de la III Internacional”, al concentrar el debate “en la discusión de alguna de las tesis fundamentales de Lenin sobre el Estado y sobre la revolución” de manera que “la polémica desemboca rápidamente en la investigación sobre el lugar de la democracia dentro del estatuto de la teoría política marxista” (Portantiero, 1980, p. 80). Afirmaba, asimismo, que en el plano de la producción intelectual estas posiciones encontraban expresión “en un ala del comunismo italiano (Ingrao, Vacca, De Giovanni, Marramao, etc.), en algunos aspectos de la obra de Claudinn y en los últimos libros de Poulantzas” (Portantiero, 1980, pp. 21). Estas referencias operaban ese reacomodamiento de la tradición socialista que venimos describiendo y cristalizaba en un diálogo permanente entre Latinoamérica y Europa.

Esta centralidad acordada a la recepción y difusión de las nuevas perspectivas desarrolladas en el campo socialista europeo también se expresó en la edición de una nueva serie de los *Cuadernos de Pasado y Presente* bajo la dirección de José Aricó. En efecto, dicho emprendimiento editorial se constituyó en uno de los canales privilegiados de propagación del debate del marxismo llevado adelante en el viejo continente. Entre los más de ochenta títulos que presentó la serie de la publicación, muchos estuvieron dedicados a estas discusiones, revelando cómo la problemática fue un punto privilegiado del debate intelectual del momento para esa fracción del socialismo argentino.

Bajo estos reacomodamientos, los socialistas agrupados en *Controversia* intentaron colocarse como el polo modernizador de izquierda que buscaba renovar al socialismo argentino. A lo largo de los 13 números de la revista, diversos artículos de diferentes autores de esta extracción se dieron a la tarea de fundamentar una convergencia entre socialismo y democracia, colocando a esta última como un elemento central para la política futura que debía ser recuperada por la tradición de la izquierda.

La vuelta de la democracia y la renovación del campo intelectual y las ciencias sociales

En un homenaje a Juan Carlos Portantiero en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA Oscar Terán (2009) señalaba:

En una tarde mexicana del año 83, cuando ya el *ritorno in patria* asomaba con certeza en nuestro horizonte, le formulé la pregunta que tantos se hacían: Por qué tentar ese regreso sin gloria dejando todo lo bueno que en México se había construido. Me respondió aplicando esas navajas de Occam que desarmaban todo intento de románticas derivas existenciales. Me dijo seriamente, aunque sonriendo: “Porque yo soy de allá.” (p. 244).

El clima político e intelectual de los primeros años de la década del 80 producto de la recuperación de las instituciones democráticas tenía visos de refundación. En efecto, puede decirse que ese clima inundó vastos espacios de la vida social. En el ambiente intelectual, por ejemplo, buena parte de aquellos que volvieron del exilio junto con otros que habían resistido a la dictadura desde un exilio interno, se incorporaron al mundo de la cultura desde una perspectiva que acompañaba los nuevos aires de renovación del gobierno elegido en 1983. En efecto, tanto para muchos intelectuales progresistas que se quedaron en el país, como para aquellos que debieron marchar al exilio, el golpe de Estado de 1976, con todas sus secuelas, significó el fin de las utopías políticas revolucionarias y el agotamiento de todos los proyectos trascendentes de sociedad. La colocación de los intelectuales también sufrió un desplazamiento producto de este proceso. Así, Silvia Sigal (1991) caracterizaba ese reacomodamiento en estos términos

Quienes se habían inscripto, con las armas o con las palabras, en proyectos revolucionarios, encontraban ahora la posibilidad de hablar en nombre propio y no ya, como en el pasado, como portavoces de otras entidades: Pueblo, Nación o Revolución. En el debate sobre la democracia la intelectualidad podía asumir, y asumió, una intervención en primera persona, en nombre de valores que eran ahora los suyos: La ley, Los derechos Humanos, la Conciencia. (p. 9).

De ahí que puede decirse que el campo intelectual de los años 80 tenía, en sus rasgos más generales diversas zonas del campo ideoló-

gico que colocaban a la democracia liberal como el valor político supremo por alcanzar, consolidar y defender. En ese sentido, el sistema democrático se colocaba ahora como un límite infranqueable para pensar todo proyecto de futuro. De ese modo, muchos de los temas que se constituyeron como centrales en el debate de la época estuvieron relacionados con las condiciones sociales, económicas, y políticas que posibilitaban y obstaculizaban la consolidación de la democracia.

En el nivel de los obstáculos, los modos en que se resolvían las luchas políticas en el pasado eran el centro de las preocupaciones de muchos intelectuales. En efecto, el conflicto entre el Estado y la sociedad, resuelto muchas veces en las formas de ruptura del sistema legal era ahora visualizado como uno de los temas más graves que debían resolverse. Este no era un tema menor, debido a que en muchas evaluaciones esas formas políticas de resolver los conflictos habían conducido al desastre de 1976. Así, las consideraciones iban desde atribuciones menores hasta extremos donde las tradiciones políticas eran la causa principal del desastre. Oscar Terán (2006) afirmaba sobre la tradición marxista:

Una doctrina con elementos libertarios y antiestatalista debería explicar porqué ha terminado por constituirse en la aureola ideológica de regímenes autocráticos; de qué modo las promesas que anunciaban el fin de la prehistoria han podido reforzar la historia de crímenes y tormentos de un siglo que no ha carecido precisamente de horrores, (p. 46).

Esa crítica a la doctrina marxista en general, se enlazaba con los hechos ocurridos en los años 70 entre nosotros, debido a que para el autor:

Tanto las versiones peronistas como de izquierda, tanto las estrategias insurreccionalistas como guerrilleras, tanto el obrerismo clasista, como el purismo armado, estuvieron fuertemente animados de pulsiones jacobinas y autoritarias que se tradujeron en el desconocimiento de la democracia como un valor sustantivo y en una escisión riesgosa entre la política y la moral. El mito de una revolución que reveló estar más en nuestras agendas imaginarias que en las de la sociedad argentina se articuló con el despotismo militar para producir así un resultado catastrófico. (Terán, 2006, p. 49).

La flexibilidad de las posiciones que posibilitan el diálogo son centrales para esta formación intelectual. Dogmatismo y populismo podían emparentarse, ya que ninguna de las dos posturas remitía a una cultura democrática. Así, Beatriz Sarlo (1984) integrante de la dirección de la revista, afirmaba:

Estamos hoy enfrentados con todo nuestro pasado... Nuestra autobiografía tiene un lugar abierto para nuestras responsabilidades: somos una parte de lo ocurrido en Argentina, y haber sufrido más no es una razón para que en la reconstrucción del pasado nos olvidemos de nosotros, cuya soberbia nos hizo creer, en algunos momentos, que en la claridad de la revolución futura nos habíamos convertido en amos de la historia. (p. 26).

Esa autocrítica era el punto de partida indispensable para una nueva cultura democrática. La autora apuntaba cuál debía ser el reposicionamiento del campo intelectual frente al orden legal restituido y asignaba un rol central al papel moderado de los intelectuales. Para estos intelectuales un ciclo se había terminado: la cultura y la política debían resignificarse; la democratización requería de una reformulación de las identidades culturales. Se estaba así, frente a un cambio de época. La legalidad del sistema democrático debía ser el único sustento de la intervención teórica y política. No podía pensarse de otra forma, mucho menos sostener prácticas que actualizaran las intervenciones del pasado, si se quería fundar un orden estable. Para ello era necesario defender y abrazar la democracia.

La universidad como arena de la renovación intelectual

Y hacia allí se dirigieron también los proyectos educativos. La vuelta a la universidad significó también la puesta en marcha de un programa teórico político que resaltaré y acompañaré los vientos de la época. Así la sociología y la naciente ciencia política (Lesgart, 2003) tuvo como tema dominante la transición a la democracia y como tema teórico y práctico supuso un esfuerzo de confrontación de teorías con referentes empíricos de aquí y otras partes del mundo donde se sucedían esas experiencias. Las transiciones europeas fueron un espejo privilegiado a la hora de establecer comparaciones para sacar conclusiones que sirvieran a la construcción de modelos para pensar una nueva institu-

cionalidad. En ese sentido, en un doble estándar, actores relevantes del periodo que portaban un gran prestigio se dieron a la tarea de pensar la transición desde diferentes aspectos. Emilio de Ipola, Juan Carlos Portantiero, José Nun junto con intelectuales de otras disciplinas como Carlos Strasser y Guillermo O'Donell. Fueron quienes más contribuyeron a dar el tono de la época a la discusión en la sociología, y la ciencia política.

En 1988 Portantiero y Nun editaron la compilación *Ensayos sobre la transición democrática*, coronando de ese modo un proceso de reflexión de largos años. Por otro lado animaron desde el campo cultural la discusión que reseñamos más arriba, con vastas iniciativas entre las que deben destacarse el Grupo Esmeralda y la revista político cultural *La Ciudad Futura*.

En el caso del Grupo Esmeralda, este estaba constituido por intelectuales y periodistas de izquierda, muchos de ellos recién llegados del exilio, que se vincularon con el presidente Alfonsín y que, desde 1984 hasta el final del su mandato, acompañaron y colaboraron con el presidente elaborando sus discursos. El surgimiento del grupo como tal se debió a las acciones de Meyer Goodbar, un sociólogo formado en la UBA que se desempeñaba como empresario dedicado a la selección de personal. Alfonsín le solicitó que constituyera un grupo para pensar el modo en que se debía colocar un discurso democrático desde su gobierno de cara a la sociedad. Goodbar tenía inicialmente la idea de formar un equipo que hiciera de soporte de la unidad presidencial. Compañero de Emilio de Ipola y Eliseo Verón en la universidad, pretendía darle a Alfonsín asesores de lujo y, para ello, convocó a un grupo de personas que comenzaron a reunirse a fines de 1984 y durante 1985 en una oficina alquilada en la calle Esmeralda 151. Meyer Goodbar y el psicoanalista Eduardo Issaharof —que fue quién se encargó del armado del trabajo y la distribución de tareas dentro del grupo—, contactaron al pequeño equipo de elaboración de ideas. En principio formó un grupo de análisis del discurso coordinado por Margarita Graziano, que venía del exilio venezolano donde había realizado una maestría en semiótica, y al que se incorporaron los sociólogos Daniel Lutsky y Gabriel Kessler y la politóloga Claudia Hilb, todos ellos incorporados de modo estable en 1987. El objetivo era hacer un seguimiento de la imagen y el discurso

presidencial y de los discursos que circulaban en el país, teniendo en cuenta que no existía en el ámbito estatal nada parecido a esta organización. Este grupo se encargaba de realizar encuestas de tipo cualitativo, ayudados por la empresa IPSA, cuyos informes enviaba a presidencia. Graciano y Lutzky elaboraban un informe escrito de sus trabajos en donde también incluían encuestas hechas por organismos públicos. El grupo se dividía en dos sectores: por un lado, aquellos que escribían los discursos y se encargaban de los trabajos cualitativos y cuantitativos; y por otro, los intelectuales o ideólogos que se reunían con el presidente. Estos últimos, a mediados de 1985 comenzaron a organizarse reuniones regulares. Así fue como entraron en escena Juan Carlos Portantiero, Emilio de Ipola, Eliseo Verón y Francisco Delich. Además colaboraban con el gobierno intelectuales del CEDES y del IDES aportando funcionarios en distintos cargos. Juan Carlos Torre, por su parte, fue colaborador del ministro de Economía Juan Sourrouille. Torre acompañaba tanto al equipo de Sourrouille como asesorando a los miembros del Grupo Esmeralda en cuestiones económicas (Pavón, 2012). El grupo estuvo detrás de la elaboración del nuevo uso del concepto de democracia y la renovación de la cultura política para la sociedad surgida de la dictadura militar, que eran los temas que se trataban en las conversaciones que llevaban adelante sus miembros.

La experiencia la retratamos in extenso debido a varios motivos que tienen que ver con nuestro análisis. Por un lado, lo inédito de la misma. Por primera vez, intelectuales de las ciencias sociales estaban actuando en la arena política con un rol destacado que, como se sabe, fue siempre el terreno para los abogados y los economistas y en menor medida para los científicos sociales. Por otro, la experiencia pone de relieve el viraje de los intelectuales de izquierda devenidos democráticos, mostrando una recolocación de su papel y el cambio en la auto comprensión de sus tareas.

El otro emprendimiento del campo cultural que debe destacarse es la publicación de *La Ciudad Futura*, una iniciativa de mucho peso a la hora de instalar las discusiones más salientes de los años 80 en las ciencias sociales. En efecto, sin temor a exagerar, puede decirse que por sus páginas pasó los más renombrados de las ciencias sociales del momento. Seguramente el prestigio que portaban quienes lleva-

ban adelante la iniciativa, contribuyó en mucho a que esto sucediera cuando la cuestión democrática se constituyó definitivamente en el tema central de la discusión intelectual y los tópicos que hacían referencia a cuestiones como las clases y el imperialismo quedaron a mediados de la década definitivamente como residuales. Así, *Punto de Vista* y *La Ciudad Futura* se colocaron en el centro de la escena cultural, irradiando sus temas hacia las ciencias sociales.

La Ciudad Futura, Revista de Cultura Socialista, comenzó su aparición en agosto de 1986. Dirigida por José María Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula, tres viejos compañeros de ruta que desde los años 60 fueron partícipes de varios proyectos políticos y culturales y, de algún modo, puede decirse que inscribían a la publicación en una zaga que remitía tanto a *Pasado y Presente* (1963-1965 y 1973) como a *Controversia. Para un análisis de la realidad argentina* (1979-1981). *La Ciudad Futura* salió sin interrupciones desde agosto de 1986 hasta la primavera de 1998, editando 49 números. Para luego parar por tres años, retomando su edición en la primavera de 2001 hasta el otoño de 2004, año en que deja de publicarse definitivamente.

La Ciudad Futura se posiciona en el espacio político-cultural como una revista que procuraba impulsar y acompañar la conformación de una nueva identidad de izquierda, así como colocar una interrogación teórico práctica de la relación entre liberalismo y socialismo (Montaña, 2013). Para lo que aquí importa *La Ciudad Futura* brinda un elemento adicional, porque por sus páginas también pasó buena parte de la renovación de las ciencias sociales de los años 80 y 90. En efecto, a mediados de la primera década democrática toda una generación de nuevos sociólogos, politólogos y comunicólogos comenzó a hacer sus primeras armas en pos de probarse como analistas sociales. Es que hay que recordar que los cruces entre academia y campo cultural —tendencia que entre nosotros fue constitutiva de las ciencias sociales— fue una marca bien importante hasta bien entrado los años 90.

Así, un entramado complejo, lleno de cruces entre cultura y política, ciencias sociales, revistas culturales y universidad, hicieron posible el mapa que mostraba el campo intelectual de la recuperada democracia argentina de los años 80 del siglo XX. Debe comprenderse igualmente que, a diferencia de otros campos académicos de las ciencias sociales

y las humanidades, el argentino siempre ha estado muy ligado al campo cultural y muchas de sus figuras han jugado un papel relevante en varios escenarios al mismo. Eso es lo que explica que hayan sido más intelectuales que académicos puros, que la pulsión por la política haya sido el nervio que gravitó en muchos de sus pasajes y que las instituciones tanto políticas como culturales hayan sido escenarios privilegiados durante casi todo el siglo XX.

Referencias

- Altamirano, C. (2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Aricó, J. (1980). *Advertencia*, en *Escritos Políticos de Max Weber*. México, D.F.: Editorial Folios.
- Burgos, R. (2004). *Los gramscianos argentinos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Canelo, P. (2008). *El proceso militar en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires: Prometeo.
- Dip, N. (2017). *Libros y alpargatas, la peronización de estudiantes, docentes e intelectuales de la UBA. (1966-1974)*. La Plata: Prohistoria.
- Lechner, N. (1986). De la revolución a la democracia. El debate intelectual en América del Sur. *La Ciudad Futura, Revista de Cultura Socialista*, 1(2), 24-39.
- Lesgart, C. (2003). *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del 80*. Santa Fe: Politeia.
- Montaña, J. (2013). *Reconstruir la trama democrática en América Latina: el papel de revistas y centros de investigación en la dinámica de renovación intelectual (1970-1980)*. Trabajo presentado en las X Jornadas de Sociología. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- Pavón, H. (2012). *Los intelectuales y la política en la Argentina. El combate por las ideas. 1983-2012*. Buenos Aires: Debate editorial.
- Perel, P., Raíces, E., y Perel, M. (2006). *Universidad y dictadura*. Buenos Aires: Ediciones CCC.
- Poggi, G. (1978). *El desarrollo del Estado moderno*. Buenos Aires: Editorial Universidad Nacional de Quilmes.
- Poggi, G. (1979). *Encuentro con Max Weber*. Buenos Aires: Nueva Visión editorial.

- Portantiero, J. C. (1980). Izquierda Eurocomunista. Entrevista a Cristine Bucci Glucksman. *Controversia. Para el Examen de la Realidad Argentina*, 2(7), 34-37.
- Portantiero, J. C. (1982). Los escritos políticos de Max Weber: La política como lucha contra el desencantamiento. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 22(87), 13-17.
- Portantiero, J. C. (1986). Una constitución para la democracia. *La ciudad Futura, Revista de Cultura Socialista*, 1(1), 13-21.
- Portantiero, J. C. y Nun, J. (1988). *Ensayos sobre la transición democrática*. Buenos Aires: Puntosur ediciones.
- Rubinich, L. (1999). Los sociólogos intelectuales: cuatro notas sobre la sociología en los 1960. *Apuntes de Investigación del CEPY*, 4, 48-66.
- Sábato, H. (1996). Sobrevivir en dictadura: las ciencias sociales y la “universidad de las catacumbas”. En H. Quiroga y C. Tcach (Comps.), *A veinte años del golpe, con memoria democrática* (pp. 27-58). Rosario: Homo Sapiens editorial.
- Sarlo, B. (1984). Intelectuales: ¿Escisión o mimesis? *Punto de Vista*, 25, 12-17.
- Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur ediciones.
- Soares Arrosa, M. S. (2003). Un nuevo escenario anticapitalista. Entrevista a Aníbal Quijano. En H. Wilhelm y H.C.F Mansilla (Ed.), *Intelectuales latinoamericanos ayer y hoy* (pp. 257-269). Santa Fe: Ediciones Politeia.
- Terán, O. (Dir). (2009). *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Terán, O. (2006). De utopías, catástrofes y esperanzas. En O. Terán (Eds.), *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual* (pp. 21-26). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vessuri, H. (1992). Las ciencias sociales en la Argentina: diagnóstico y perspectivas. En E. Oteiza (Dir.), *La política de investigación científica y tecnológica argentina: historia y perspectiva* (pp. 339-363). Buenos Aires: Prometeo editorial.